



Erasmo Zarzuela

El deseo

Un hombre encontró la lámpara de Aladino tirada por ahí. Como era un buen lector, el hombre la reconoció y la frotó. El genio apareció, hizo una reverencia, se ofreció:
-Estoy a su servicio, amo. Pídanme un deseo y será cumplido. Pero ha de ser un solo deseo.
Como era un buen hijo, el hombre pidió:
-Deseo que resucites a mi madre muerta.
El genio hizo una mueca:
-Lo lamento amo, pero es un deseo imposible. Pídanme otro.
Como era un buen tipo, el hombre pidió:
-Deseo que el mundo no siga gastando dinero en matar gente.
El genio tragó saliva:
-Este...¿Cómo dijo que se llamaba su mamá?

Eduardo Galeano: Patas arriba



el duende
director: luis urqueta m.
consejo editor: alberto guerra g.
edwin guzmán o.
benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
coordinación: julia garcía o.
diseño: david ángel illanes
casilla 448 telfs. 5276816-5288500
e-mail: duendejulia@hotmail.com



Zona Franca

Oruro S.A.

Prólogo a «Desde el amor»

de María René Quiroga Bonadona

Qué imágenes se agolpan en nuestro imaginario, qué ideas locas se suceden unas a otras en ese larguísimo/brevísimo proceso, desde esos momentos imprecisos cuando sentimos que empezó el parto hasta la explosión de gritos, sudores, sonrisas y lágrimas que nos cogen una a una como un último pedazo umbilical mixturado con el llanto del hijo que acabamos de parir.

Aunque las especulaciones comienzan desde que sentimos algo extraño en el vientre, cada que crece más la pancita, hay más espacio para hablar con un ser todavía imaginario, al que no vemos, aun conscientes que se mueve.

Todas las madres del mundo comparten entonces los mismos sueños y las mismas ansiedades. Cada animal que aparece mientras dormimos se convierte en algún presagio. Las más ancianas de la familia se asemejan a adivinas y en cada acontecimiento queremos descifrar un signo, un anuncio del futuro, una señal, una seguridad.

Seguramente, no hay espacio en la existencia de una hembra, de una pareja, de la comunidad, del reino entero, de más dudas y más inventos, de más esperanzas y más temores que durante el atávico ritual del embarazo.

Y, porfiadamente, ni en las mayores angustias ni en los sueños más extraños, una mujer siente que a sus hijos les espera el extraño destino de morir ametrallados, de quedar sin tumba, errantes en los montes y en las selvas húmedas, sin que pueda salvarlos todo el amor de su propia concepción.

Si hay una historia que conmueve, de las muchas dolorosas del siglo pasado, es la biografía de los hermanos Quiroga Bonadona, asesinados por el odio, cuando ellos sólo buscaban más amor para el mundo: atormentados por las mentiras y los engaños, cuando ellos partieron convencidos que todos los del grupo eran iguales de sinceros; torturados por el hambre, por lo mezquino, por los equívocos, porque cuando se crece siendo amado y amando es difícil imaginar toda la maldad que hay en el mundo.

Los seis hijos fueron criados igual, recorriendo Bolivia por los puestos militares del papá, respetando a la familia y a los valores de la vecindad, porque así les enseñaba la mamá.

Hijos de la Revolución del 52, como tantos otros jóvenes de los rebeldes 60/70, crecieron escuchando los relatos sedientos y ensangrentados de la Patria inconclusa, de los mineros insurrectos, de las barzolas combativas, de las haciendas con patrones blancos y siervos indígenas.

Igual que para otros estudiantes de las universidades, la Revolución Cubana fue una luz, un faro convocando a crear nuevos focos guerrilleros. Más aún, después del asesinato del mayor (como de los comandantes guerrilleros latinoamericanos, Ernesto "Che" Guevara, derrota militar del movimiento de Nancagua, victoria política porque con las muertes físicas no mataron las ideas políticas. El ideario del Che fue cátedra clandestina en la mayoría de las universidades de los países de la periferia imperial o colonial. Los hermanos Quiroga Bonadona fueron parte de los convencidos con el ideal de crear un "Hombre Nuevo".

Eran los años de Viet Nam; de los vietcong, nuevos espartacos, venciendo con sus poderes envenenados, sus trampas sencillas, su arroz sin condimentos, al más poderoso ejército global. Las plazas de todo el mundo se llenaban de muchachos y muchachas, de melenas y minifaldas, con flores en las manos y con armas en la cabeza, uniendo voces para que las tropas estadounidenses salgan de la Indochina. Para que en otras partes del mundo se creen "dos, tres, muchos Viet Nams".

Por ello, una de las primeras tareas de los nuevos combatientes del Ejército de Liberación Nacional, ELN, reconstruido por Guido "Inti" Peredo, fue burlar a la política militar y subir hasta la punta del Obelisco, en La Paz, la bandera roja ardiente para rendir homenaje a Ho Chi Min.

En Roma, el Papa Juan XXIII, obrero de manos y de pensamiento, alentaba una Iglesia Católica diferente, más cercana a las enseñanzas de Jesús, más abierta a otras ideas y a otras iniciativas, donde la disciplina no se confunda con el dogma. En América Latina, Medellín y -luego- Pueblo, marcaban otro discurso cristiano. Los albores de la Teología de la Liberación, amamantaba en este continente, también influyó espiritualmente en los estudiantes, en los jóvenes y muchos de los que partieron a la guerrilla de Teoponte, venían de esos credos, de esas alianzas de comunistas con cristianos de comunidades de base.

Así, palmo a palmo, entretejiendo los sucesos en Bolivia con los combates en el mundo, tres hermanos de familia chuquisaqueña partieron un 18 de junio de 1970 con sus mochilas al hombro, listos para dar su vida por los demás: Emilio, el mayor, apenas había pasado los 30 años; con él partieron sus hermanos menores Eduardo y Adolfo, dirigentes universitarios. Los otros tres hermanos, Julio y dos mujeres quedaron como parte de la retaguardia.

Son extraños estos guerrilleros. Amados, uniformados, dispuestos a matar, en el fondo iban a un martirio. A nadie hicieron daño, a nadie le quitaron sueños. Por ello, a diferencia de otros combatientes que siempre despiertan entusiasmos de los partidarios y aversiones de los contrarios, a ellos todo un pueblo y la propia historia los recuerda con cariño, con admiración, con amor.

Para los que entonces éramos quiceañeros fueron una luz, profetas de nuestro tiempo.

Pasado el tiempo, más que ellos me impresionó la madre, doña María Luisa, porque se necesita demasiado coraje para postergar las lágrimas al rincón de la intimidad y transformar la adoración a los hijos en un diario combate. Desde que supo de su guerra, ella los apoyó y después, durante más de 20 años, hizo huelgas de hambre, encabezó manifestaciones, liderizó marchas y fundó la Asociación de Familiares Detenidos Desaparecidos de Mártires por la Liberación Nacional. Nombre único en el continente, para dejar en claro a los enemigos de sus hijos que ellas no sólo estaban organizadas como madres, esposas e hijas, sino que se sentían identificadas con su causa y la reivindicación. Perseguida ella misma, presa y exiliada, amó y luchó hasta su último suspiro.

Fuerza guerrera que hoy ha pasado a su hija, la menorcita, María René, para que ella recobre la memoria de su hermanos y con ellos las ideas y acciones de toda una generación. Para que sus hijos, mis hijos y todos los bolivianos no perdamos la memoria histórica. Un libro que se escribe desde el amor y se lee con inmenso dolor.

Lupe Calle. La Paz, 1955. Periodista, historiadora y escritora.